

## Fábula y rueda de los tres amigos

Enrique,  
Emilio,  
Lorenzo.

Estaban los tres helados:  
Enrique por el mundo de las camas;  
Emilio por el mundo de los ojos y las heridas de las manos,  
Lorenzo por el mundo de las universidades sin tejados.

Lorenzo,  
Emilio,  
Enrique.

Estaban los tres quemados:  
Lorenzo por el mundo de las hojas y las bolas de billar;  
Emilio por el mundo de la sangre y los alfileres blancos,  
Enrique por el mundo de los muertos y los periódicos abandonados.

Lorenzo,  
Emilio,  
Enrique.

Estaban los tres enterrados.  
Lorenzo en un seno de Flora;  
Emilio en la, yerta ginebra que se olvida en el vaso,  
Enrique en la hormiga, en el mar y en los ojos vacíos de los pájaros.

Lorenzo,  
Emilio,  
Enrique.

Fueron los tres en mis manos  
tres montañas chinas,  
tres sombras de caballo,  
tres paisajes de nieve y una cabaña de azucenas  
por los palomares donde la luna se pone plana bajo el gallo.

Uno  
y uno  
y uno.

Estaban los tres momificados.  
Con las moscas del invierno,  
con los tinteros que orina el perro y desprecia el vilano,  
con la brisa que hiela el corazón de todas las madres,  
por los blancos derribos de Júpiter donde meriendan muerte los borrachos.

Tres  
y dos

y uno.

Los vi perderse llorando y cantando  
por un huevo de gallina,  
por la noche que enseñaba su esqueleto de tabaco,  
por mi dolor lleno de rostros y punzantes esquirlas de luna,  
por mi alegría de ruedas dentadas y látigos,  
por mi pecho turbado por las palomas,  
por mi muerte desierta con un solo paseante equivocado.

Yo había matado la quinta luna  
y bebían agua por las fuentes los abanicos y los aplausos.  
Tibia leche encerrada de las recién paridas  
agitaba las rosas con un largo dolor blanco.

Enrique,  
Emilio,  
Lorenzo.

Diana es dura,  
pero a veces tiene los pechos nublados.  
Puede la piedra blanca latir en la sangre del ciervo  
y el ciervo puede soñar por los ojos de un caballo.

Cuando se hundieron las formas puras  
bajo el cri cri de las margaritas,  
comprendí que me habían asesinado.  
Recorrieron los cafés y los cementerios y las iglesias,  
abrieron los toneles y los armarios,  
destrozaron tres esqueletos para arrancar sus dientes de oro.  
Ya no me encontraron.  
¿No me encontraron?  
No. No me encontraron.  
Pero se supo que la sexta luna huyó torrente arriba,  
y que el mar recordó ¡de pronto!  
los nombres de todos sus ahogados.

Federico García Lorca. Poeta en Nueva York. 1930

APM <https://antologiapoeticamultimedia.blogspot.com/>

